

presenta la obra como un espejo de príncipes, actualizando la interpretación política del relato: Cristo es el rey virtuoso, el imperio español es reflejo del imperio de los Cielos; el sacrificio en beneficio de la humanidad se muestra como parte de la labor del virrey y Vélez explica este sacrificio al que se refiere Hojeda recordando la crisis por la que atraviesa España entre 1598 y 1620. Pero además del sentido político, Vélez pone en evidencia el sentido homilético de la obra. Con todo el análisis precedente, Vélez llama a una futura reflexión sobre el posicionamiento discursivo del narrador en la calificación de un poema épico como “colonial”.

Este volumen es sin duda un gran aporte en el estudio de poesía sacra, un campo que sigue ofreciendo espléndidas revelaciones.

Tatiana Alvarado Teodorika
Investigadora Asociada GRISO
t.alvaradot@yahoo.es

Padilla, Ignacio

La isla de las tribus perdidas: la incógnita del mar latinoamericano. Barcelona: Debate, 2010. 204 pp. (ISBN: 978-84-8306-9158)

Ignacio Padilla me confesó una vez su fe en el *neutro ensayístico*, un tono de reflexión mayestático en el que ensa-

yar llega a ser, según sus propias palabras, pesar con las propias manos las cosas. Aunque más conocido en España por sus novelas (*Amphitryon* o *La gruta del Toscano*) y sus libros de relatos (*Las antípodas y el siglo* o *El androide y las quimeras*), durante el último lustro el escritor mexicano se ha significado como un prolífico ensayista: desde el 2005 han aparecido en este género *El diablo y Cervantes*, libro sobre su tesis doctoral en la Universidad de Salamanca; *El peso de las cosas*, selección de su trabajo periodístico; *Si hace Crack es Boom*, una visión personal del Crack, su grupo literario; *La vida íntima de los encendedores*, sobre la atribución de vida a los objetos inanimados; *Arte y olvido del terremoto*, análisis de la insuficiente representación del temblor de 1985 en las artes mexicanas; y *La isla de las tribus perdidas: la incógnita del mar latinoamericano*, publicado a finales del 2010 en España y Latinoamérica, y ganador del premio de ensayo Debate-Casa América. Ávido lector de Conrad, Melville, Defoe o incluso de Verne, Ignacio Padilla reflexiona en *La isla de las tribus perdidas* sobre la marginalidad del mar en la literatura latinoamericana, marginalidad de la que solamente escapan Mutis y García Márquez, y que es síntoma de una superior enfermedad crónica: el crecimiento de todo un subcontinente en perpetuo conflicto con su medio natural.

En *La isla de las tribus perdidas* Ignacio Padilla visita numerosos episodios históricos, culturales y literarios con el objetivo de cuestionar, subvertir y actualizar definiciones de la identidad latinoamericana a partir de su relación con el océano, en una estructura dividida en cinco apartados o *bitácoras* donde se repasan, por este orden, la conflictiva historia de la zona en constante conflicto con el agua (“La espada innumerable del mar”), la violencia casi bíblica de la naturaleza en Latinoamérica (“Huracanes ciegos y laberintos de agua”), la historia de sus embarcaciones (“Buques fantasma y balsas de locos”), el valor simbólico-literario de su fauna (“El signo de Jonás”) y la isla como metáfora del aislamiento del ser latinoamericano (“Un archipiélago de soledades”, título tomado del nombre con el que Xavier Villaurrutia bautizó a sus Contemporáneos). Partiendo de premisas históricas –el mar como medio al servicio de las invasiones colonialistas–, sociales –las aguas fluviales o marinas que separan a mexicanos y cubanos del *American Dream* en el vecino del norte–, militares –la inexistencia hoy de una sólida fuerza naval en ninguno de los dieciocho países hispanoamericanos– o literarias –el naufragio como paradigma anti-heroico de la aventura acuática desde las Crónicas de Indias de Cabeza de Vaca o Bernal Díaz del Castillo–, el escritor construye una

metafísica de la identidad latinoamericana a partir de su relación con el mar o, dicho sea con mayor exactitud, de la ausencia del vínculo con el mismo para concluir, como se anuncia en la contraportada del libro, que *tanto le duele el mar a América Latina que decidió vivir de espaldas a él*. La hipótesis central se sostiene coherentemente a lo largo del volumen: mientras otras culturas como la germánica o la escandinava hicieron del mar un cómplice que terminó por definir su identidad como pueblos, el inmenso subcontinente latinoamericano creció dándole la espalda a un obstáculo llamado océano que no ha dejado de ejercer, desde los tiempos prehispánicos, como una aguda metáfora de su aislamiento frente al resto del mundo. Y es que ni mayas, ni aztecas, ni incas –ni cualquier otro pueblo pre-hispánico– fueron buenos marinos; España y sus colonias fueron dos territorios separados –más que unidos– por un mismo mar, y por mucho que Simón Bolívar, en una proclama que sirve de epígrafe al libro, animara a someter el medio a la voluntad humana (“Si se opone la Naturaleza, lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca”), lo cierto es que el mar siempre ha sido visto en Latinoamérica como una metáfora de aislamiento más que de complicidad. El huracán, la inundación y la tormenta son, serán y han sido peligrosas metáforas de

cualquiera de sus naciones; no creo azarosa, de hecho, la continua repetición en *La isla de las tribus perdidas* del vocablo *meteoro*: nos habla de una visión del subcontinente construida a base de golpes, violentos e inesperados, condicionantes externos naturales o históricos que han modificado decisivamente el ser latinoamericano.

Destaca en el ensayo el recorrido por la tradición literaria latinoamericana tomando como recurrentes *leit motifs* el agua, la lluvia y el mar, desde los diarios de Colón hasta la violenta metáfora del ser en *El astillero* de Onetti, pasando por la persistente lluvia, metáfora de una agonía humana universal, en *El coronel no tiene quien le escriba*, los continuos naufragios de Maqroll el Viajero, las magistrales gestas narradas por Alejo Carpentier en el Caribe o los bíblicos diluvios de Rulfo, entre otros muchos motivos literarios. Incluso el valor de la insularidad como metáfora política en la novela del caudillo –sobre todo en el retrato de Rodríguez de Francia en *Yō, el Supremo*– en un mundo latinoamericano donde, como se pude leer en el ensayo, “cada persona es por sí misma una isla y que su conjunción sólo podrá ocasionar un hondo sentimiento de pérdida o de soledad”. En el fabuloso viaje marino-literario de Padilla sólo he encontrado una pequeña vía de agua: la ausencia del mar de *Terra nostra*, el brillante narrador-náufrago

que ha soñado un Nuevo Mundo en su capítulo central, la fundación mítica de Latinoamérica construida, a partir del mar, en la canónica novela de Fuentes. La pequeña vía apenas hace grieta y *La isla de las tribus perdidas* revela el profundo conocimiento de la tradición literaria mexicana, hispanoamericana y universal de un escritor dedicado desde hace más de dos décadas a la literatura y cuya obsesión por el mar ha determinado su obra desde su primera novela *La catedral de los abogados*, tributo a los relatos marinos de García Márquez, de su relato infantil *Las tormentas del mar embotellado* y de *Espiral de artillería*, novela escrita a partir de la tragedia en el mar de Barents que mantuvo encerrados durante días, esperando la muerte, a los soldados del submarino *Kursk*. El lector naufragará ahora en la misma isla que servía de marco a *La catedral de los abogados*, tan fantástica y literaria como aquella pero en este caso mucho más madura y reposada, alejada de los convencionalismos narrativos del otrora referente colombiano y comprometida a buscar, contra quienes consideran a Padilla un autor desenraizado, una respuesta a la incógnita de la identidad latinoamericana. *La isla de las tribus perdidas* clausura, por tanto, un ciclo literario en la escritura de Ignacio Padilla: en su epílogo el escritor se asume *contador de historias*, y su tono ensayístico tiene ecos de una

oralidad que huyen de cualquier academicismo dogmático que pudiera lastrar la prosa. Cercano por tanto al tono narrativo de sus relatos y novelas, el mesurado estilo de Padilla funciona sorprendentemente bien en el género ensayístico, convirtiendo *La isla de las tribus perdidas* en un compendio de historias en torno al mar que muestran un retrato de Latinoamérica entre la realidad y el mito, entre la voluntad y la imaginación, entre su identidad y la recreación literaria de la misma. Nunca deja de sorprender la facilidad con que el ensayo enhebra argumentos que terminan remitiendo al lector al punto de partida, movimiento pendular en el cual reside su efectividad retórica; se evade cualquier restricción academicista que pudiera privar al ensayo de su ligereza estilística, entendiendo el concepto de ligereza como lo hizo Ítalo Calvino: como un exquisito atributo de la prosa que nunca debe confundirse con liviandad.

De *La isla de las tribus perdidas* me quedo, por tanto, con ese sugerente tono, la tensión entre el detalle íntimo y a veces desgarrador y la universalidad de lo relatado, una doble dimensión que también hallo en la narrativa de Ignacio Padilla y que creo atisbar como rasgo perdurable, ajeno a las cambiantes modas editoriales. *La isla de las tribus perdidas* responde, finalmente, a una de las máximas de la obra del escritor mexicano: armonizar

la relación del ser humano con su medio, sea éste urbano, natural, cultural o literario; como otros escritores latinoamericanos nacidos en los sesenta –incluidos los miembros del Crack– la obra de Padilla ha dado un paso adelante con el ejercicio sistemático del ensayo, género de madurez que amplía el valor de su prosa de ficción y que demuestra una voluntad de reflexionar sobre la identidad de México y de todo el subcontinente. Latinoamérica se enfrenta a numerosos retos en un siglo entendido más como un obstáculo que como una oportunidad: el terremoto en Haití, la corrupción de funcionarios en Puerto Rico, la emigración a Estados Unidos, las *maras* centroamericanas o los casi cincuenta mil muertos del narcotráfico en México son sólo la punta del iceberg de su precaria situación social, étnica, política y económica. Textos como *La isla de las tribus perdidas* o *El insomnio de Bolívar* de Jorge Volpi –ganador del mismo premio el año anterior– deben proveer motivos para una reflexión sobre la identidad del continente, inmensa balsa de piedra e isla de tribus perdidas que, dos siglos después de su independencia, aún debe luchar por reconocerse.

Tomás Regalado López
James Madison University
regalatx@jmu.edu